

## RECUERDOS DE LA INFANCIA EN UNAMUNO

El acercamiento al pensamiento de Unamuno es siempre fecunda meditación, pues toda aproximación al hombre es en él temática muy peculiar y, sin duda, la más querida, por eso su función de maestro fue la ocupación primordial de su vida, y sin forzar su pensamiento, tal vez la exclusiva.

Como ejemplo de su conocimiento y de su amor al hombre hemos creído de interés señalar en su ideario y en sus vivencias más comunicativas, su preocupación por el período que prepara al individuo.

Tómese este intento como un espigar apresurado en el terreno ubérrimo de sus ideas y en modo alguno como un estudio sistemático y menos exhaustivo.

Pensamos, no obstante, que de este conjunto de ideas es fácil deducir la actitud y entrega del maestro Unamuno a su quehacer de educador.

Aunque su magisterio personal fue dirigido a jóvenes, sin embargo, el individuo desde sus comienzos interesa a todo educador. La propia infancia de Unamuno es un lugar preferido al que acude con frecuencia y sus *Recuerdos de niñez y mocedad* no son sino sus propias vivencias hechas presente.

Aunque nos educamos durante toda la vida, no hemos de olvidar que educando es sobre todo el individuo en sus períodos de aprendizaje agrupados en los períodos de infancia, adolescencia y juventud. En estas tres edades, de modo especial, el maestro o educador vierte sus enseñanzas y proyecta su misma vida.

Para los que conocen la vida de Unamuno y su perfil humano no extrañará esta especial predilección por la infancia. Al contacto con ella brota en él una doble exclamación: de gozo y de pena. Pero el gozo rebasa y le hace decir:

Qué edad, qué edad aquella en que todo es nuevo y fresco, en que se vive naciendo y en que con intuición virginal se traduce el *nihil novum sub sole*, por su parejo *omne novum sub sole*<sup>1</sup>.

Al lado de este horizonte diáfano en que todo es frescura y novedad, siente el maestro Unamuno el escalofrío de la tremenda responsabilidad de los que desconocen el valor de la infancia y su posterior proyección,

<sup>1</sup> O.C., I, 78. *Recuerdos de niñez y mocedad*.

Las citas están referidas a las *Obras Completas* de don Miguel de Unamuno de la Editorial Vergara. Barcelona 1958.

pues afirma con machacona insistencia que el cultivo de los valores de la niñez serán la causa del progreso o del retraso de un país.

El culto al niño es uno de los cultos más descuidados entre nosotros, y de los más necesarios. El niño es el misterio; de cada uno de nosotros, los que hemos llegado a cierta edad, se sabe lo que se puede esperar, tenemos una fisonomía marcada, una dirección dada y por lo común impuesta por los demás. Pero un niño lo mismo puede llegar a ser un santo que un criminal, lo mismo un hombre inútil que un bienhechor. El culto al niño es el culto al porvenir, culto que tiene que cimentarse en un inteligente cultivo del pasado. Pues siempre que de progreso se habla, cabe preguntarse: ¿Qué es lo que progresa?<sup>2</sup>

Dura ha sido la lucha entre la nueva pedagogía y la tradicional. Aun suenan las recriminaciones de los modernos que no perdonan a los tradicionales el descuido, de facto, del conocimiento psicológico de la infancia. No admitamos extremismos, pero es cierto que la pedagogía actual ha intuido el papel preponderante que tiene el estudio de la vida síquica del educando. Le han ayudado a ello los adelantos en medicina y la profundización de la Psicología como ciencia sistemática.

Conocer la intimidad del niño ha sido un buen paso, pues sin duda, favorecerá el futuro de la sociedad. La niñez guarda secretos potenciales y el olvidarlos es temeraria ignorancia.

Todos hemos sido niños y casi todos hemos olvidado nuestra niñez, la que llevamos cual núcleo de nuestra alma en el fondo de ésta. Olvidamos de que es el niño nuestro maestro del hombre, pasamos junto a ellos sonriendo, cuando más, al espectáculo de sus inocentes juegos. Y sin embargo, así como el embrión humano pasa en su desarrollo por fases correspondientes a aquellos porque debió de haber pasado el género humano en su proceso filogenético, así también la sociedad infantil es en el seno mismo de nuestras sociedades un estado de espíritu colectivo por el que éstas atravesaron en su infancia, bien que alterado no poco por el ambiente en que los niños viven. De generación infantil en generación infantil, transmítense tradicionales hábitos e ideas que acabamos por olvidar de adultos ya, estados de espíritu que son cual sagrado depósito de otras edades confiado a la niñez.

Vosotros sois la sal de la tierra —podríamos decir a los niños— y si la sal se desvaneciera, ¿con qué será salada? “Dejad que los niños se acerque a mí”, decía el Divino Maestro. Creed que los niños son inocentes, justos, ante quienes se detiene la corrupción que en todos tiempos y lugares corroe a las sociedades humanas, son la levadura de éstas. Nada más sagrado que un niño, guardián de la eternidad en el tiempo, ante quien es una tremenda realidad el misterio del porvenir. Quien mata a un hombre, y hay muchos modos de matarlo, dejándolo con vida, mata una carrera conocida, quien mata a un niño no sabe si mata los destinos de un pueblo<sup>3</sup>.

<sup>2</sup> O.C., VII, 686. *Conferencia en Málaga.*

<sup>3</sup> O.C., VII, 488-89. *Sobre el cultivo de la demótica.*

La Psicología en la educación es la ciencia que día a día nos va mostrando nuevos caminos. La elevación del niño a ser racional es todo un proceso misterioso que no se puede olvidar en el conjunto del mundo creado.

El concepto de infancia debe universalizarse. Ni los tiempos ni los lugares valen cuando hablamos del ser genérico del niño. Su vida es tan intensa, tan pura, tan intemporal que sólo es equiparable en el pensamiento de Unamuno, a la vida de los santos.

Es que el niño en su soledad creadora, mientras se está haciendo su mundo, soñándolo entre otros niños, no vive ni sueña atado a un lugar o tiempo. Vive en infinitud y en eternidad. Su vida no es tópica ni crónica, ni topométrica ni cronométrica. Ignora la medida del espacio y la del tiempo. Ni el reloj ni el calendario rigen para él. Un solo día, un día sin siguiente, sin un mañana, y no sólo en los niños, sino en los santos<sup>4</sup>.

La infancia sigue pensando don Miguel que es la imagen más parecida a la glorificación del santo, y llega a comparar, en sublime equiparación, a la niñez con la dignidad angélica, precisamente en una novela cuyo tema es la maternidad sin hijos, *La tía Tula*.

Los niños no son como los mayores, ni hombre ni mujeres, sino que son ángeles y recuerdo haberle oído a la tía que hay lengua en que el niño no es ni masculino ni femenino, sino neutro<sup>5</sup>.

El mandato amoroso de Cristo es todo un símbolo en la escatología humana: "Dejad que los niños se acerquen a mí". Sólo los puros de corazón como los niños son accesibles a Dios, y esta niñez espiritual es la que un día ha de justificarnos, según la doctrina de Cristo.

Cuando Sancho quiere hacer la apología de su señor no se le ocurre otra alabanza que esta: "es tan sencillo como un niño". Don Miguel comentando este binomio en su *Vida de don Quijote y Sancho* recuerda la vuelta a la infancia de Sancho por la transmutación efectuada en el contacto con don Quijote. Esta niñez de Sancho llega a hacerse una niñez genérica y universal y es como el ansia y el gozo de la esperanza de toda la vida humana.

Sí, don Quijote se vuelve aquí a su niñez espiritual, a la niñez cuyo recuerdo es el alivio de nuestra alma, pues es el niño que todos llevamos dentro quien ha de justificarnos algún día. Hay que hacerse como niños para entrar en el reino de los cielos<sup>6</sup>.

Todo el ensayo *Recuerdos de niñez y mocedad* es una defensa enervada de los años infantiles. Aunque es su propia infancia la que define

<sup>4</sup> O.C., XI, 1.105. *El día de la infancia*.

<sup>5</sup> O.C., IX, 628. *La tía Tula*.

<sup>6</sup> O.C., IV, 307. *Vida de don Quijote y Sancho*.

y a la que se refiere, sin embargo, son incluidos todos los niños, en esa feliz edad, que es el comienzo de la vida humana.

En el ensayo *La originalidad de la niñez* nos habla con el gozo que siempre dedica a este tema y considera como motivo de condenación o de salvación esta vida de infancia que todos hemos vivido, pues de ella depende, en proyección al menos, nuestra vida posterior.

Y no entienden la lengua de los niños los que no han sido de veras niños y llevan todavía la niñez a flor de alma. Aquella niñez de que dijo Cristo: "De cierto os digo que si no os volvierais y fuereis como niños no entrareis en el reino de los cielos"<sup>7</sup>.

La pedagogía de cualquier escuela acepta lo axiomático de que los senderos elementales de la infancia se hacen caminos reales en el andar de los días posteriores. Alargaríamos la lista de los pedagogos que han defendido esta postura, pues son casi todos los que de algún modo se han interesado por el tema educativo.

Para don Miguel,

Aquel primer vagido al aire y aquella primera sonrisa a la luz, alienta toda nuestra vida<sup>8</sup>.

y tiene tanta proyección la vida infantil, que su influencia es más eficaz en la conducta posterior, que cualquier actuación que no lleve una infancia plena de vitalidad, porque

Tiene más aliento y eficacia la santa idea de nuestra infancia enterrada en la conciencia, que no la que actualmente se agita en ella y parece dominarla<sup>9</sup>.

De aquí se deduce el celo fervoroso de cuantos conocen la crisis fisiológica y síquica de la pubertad. El mismo Unamuno siente este momento de la vida, como capaz de aniquilar todo un tesoro de valores almacenados durante la infancia. Pero nadie mejor que él en su propia persona y dentro de sí mismo, nos lo puede decir.

Uno de los terribles efectos de la crisis de la pubertad suele ser borrar de nuestras almas la tradición infantil. Y doy gracias a Dios Todopoderoso de que me ha guardado el tesoro de la niñez en el arca del alma<sup>10</sup>.

Corre serena el alma de Unamuno al filo fecundo de su niñez, y vemos en toda su obra esta inquietante preocupación a lo largo de toda su vida. De nuevo acudimos a la paráfrasis que hace del libro de Cervan-

<sup>7</sup> O.C., V, 1.151. *La originalidad de la niñez*.

<sup>8</sup> O.C., I, 324. *Recuerdos de niñez y mocedad*.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> O.C., X, 259. *Arabesco pedagógico sobre el juego*.

tes, *Vida de don Quijote y Sancho*. El alma de Alonso Quijano es el alma de un niño y al dirigirse a Sancho no sabe sino decirle que toda su vida de aventuras es fruto de su viviente niñez,

Tu don Quijote no fue sino un niño, un niño durante los doce largos años en que no logró romper la vergüenza que le ataba, un niño al engolfarse en los libros de Caballerías, un niño al lanzarse en busca de aventuras. Y Dios nos conserve siempre niños, Sancho amigo<sup>11</sup>.

El sentido de infancia no tiene un valor limitado ni egoísta. Trasciende a toda la vida humana. Y, por extraña paradoja, vistumbra don Miguel que el caudal purísimo de las grandes verdades se adentra mejor en el individuo durante la infancia que más luego.

Este recuerdo aflorará con toda limpieza y la fuerza de una verdadera convicción. El alma de poeta de este niño eterno, que es Unamuno, vive de nuevo en el libro de sus recuerdos infantiles, *Recuerdos de niñez y mocedad*, que será su libro de cabecera y de bolsillo, su Biblia personalísima y hasta el libro de preces en sus horas turbulentas, que fueron muchas.

El poder captador y observador de la infancia es asombroso, tanto para el bien como, desgraciadamente, para el mal. Walestein dice:

Qué desgracia si el educador se deja engañar por la corteza, si choca contra la enigmática conducta del alumno.

Infaliblemente le juzgará mal, y, en consecuencia, le tratará de forma desacertada.

En vista de ello, el educando le cerrará completamente las puertas de su alma, y el educador se quedará fuera, aunque sea el padre o la madre<sup>12</sup>.

El niño juzga a los padres, y bien sabemos que aunque no sepa expresar sus sentimientos, suele tener una visión muy exacta. Veamos en el pensamiento de Unamuno este conocimiento de la infancia.

Cuando al entrar en la vida se nutre el alma de altos pensamientos ultramundanos, aun pareciendo inadecuados a la ternura de la niñez, obran sobre el alma infantil, vaso de gracia, mucho más eficazmente que sobre el alma adulta. Como en los pueblos nacientes, así en las almas que se abren a la idea y aparece más augusto el misterio y más solemnes las sombras de la noche<sup>13</sup>.

La proyección de la niñez vivifica la existencia humana. La luminosidad del día eterno de la edad infantil pervive, siempre que perduran los elementos esenciales de la infancia. Pero llega el día que termina esta edad feliz y el desapercibido o negligente no se da cuenta y deja pasar, sin fruto

<sup>11</sup> O.C., IV, 129. *Vida de don Quijote y Sancho*.

<sup>12</sup> WALESTEIN, A.: *La educación del niño y del adolescente* (Barcelona, Edit. Herder) p. 406.

<sup>13</sup> O.C., I, 313. *Recuerdos de niñez y mocedad*.

este acontecimiento, que será después una realidad insustituible. Su intensidad y aprovechamiento será como un caudal que le hará exclamar a don Miguel:

Los que llevamos la niñez a flor de alma, los que vivimos de los intereses de su caudal de espíritu atesorado en aquel largo día que no tuvo mañana. Es un día que se rompe y no se sigue<sup>14</sup>.

No se escapa la responsabilidad de los que trabajan en este duro quehacer de la educación en un período que, muchas veces, dejamos pasar pensando que la parte humana es la más importante y la única que debe preocupar. La insistencia de Unamuno en la importancia de esta edad coincide con la doctrina vanguardista de la más sana educación.

El descubrimiento en su vida personal es toda una lección que debemos aprender padres y educadores y así ayudar al aprovechamiento de este período en los hijos o en los educandos. Porque, no lo olvidemos,

El que ha sido de verdad niño lo será siempre y sus canas cuando envejezcan, tendrán blancura de niñez<sup>15</sup>.

La proyección, que es larga y fecunda, de la niñez llega hasta los días y las horas postreras y tiene importancia decisiva, ya que de ella depende una impronta que no borran los días ni los años.

De nuevo nos acercamos al pensamiento de don Miguel, en la creencia de que es fecundo manantial de meditación en esta empresa de acercamiento a la niñez.

No aceleremos el día de la sensatez y no nos entusiasmen las precocidades infantiles. Que vivan esa edad intensamente que luego lo harán en extensión, durante toda su vida. Los hombres más profundos, los que más intensamente viven su vida madura, fue fruto de la vivencia de sus años infantiles, han sido hombres de niñez larga y no niños precoces, han sido hombres cuya inocencia infantil se prolongó largos años. Son en espíritu, como el cuerpo del elefante, que tiene una larga crianza<sup>16</sup>.

Los años maduros recogen los frutos de estas fecundas vivencias de los años infantiles, y es entonces cuando el cauce de la vida, ya serenado, nos trae el beneficio de aquellas primeras impresiones.

Entonces nos acercamos a los años de nuestra niñez por una extraña paradoja, y

Se oyen en el silencio los ecos dulces de la niñez lejana como rumor de aguas vivas y frescas de humilde arroyo que seguían fluyendo bajo las secas y ardientes arenas. Y entonces, secas las fauces y resquebrajadas

<sup>14</sup> O.C., V, 1.088. *La soledad de la niñez.*

<sup>15</sup> O.C., V, 1.099. *Pintamonas y pantalones.*

<sup>16</sup> O.C., V, 1.089. *La soledad de la niñez.*

las entrañas espirituales, sediente el alma hasta la agonía se escarba con afán el suelo hasta descarnarse las manos, para descubrir aquellas aguas rumorosas y caer postrado de bruces y beberlas y recobrar vida con el manatíal que, corriendo en oscuro subterráneo, preservó su pureza y su frescura<sup>17</sup>.

Se respira un halo poético de inspiración personalísima. Es, sin duda la niñez de Unamuno la que se proyecta y se prolonga tratando de actualizar este día salvador, uniendo en una armonía antitética el día primero del hombre con su ocaso, y llega a sentir la amargura de los que no guardan para vivirlos y hasta para rumiarlos, los recuerdos de su niñez.

¡Ay del que al llegar al ardoroso día del estío de su vida, al agosto de las pasiones ardorosas, no conserva en el alma la blanca nieve de la infancia de donde manan surtidores de frescura fecundante! Nieve de infancia, nieve de vejez también<sup>18</sup>.

Insistimos de nuevo en que la proyección infantil tiene tal fuerza, que convierte su recuerdo en auténtico magisterio. Es el niño que llevamos, el que más tarde nos enseñará, y aquellos primeros pasos labrarán los senderos de una vida intensa y profunda.

Cuando llega el día de la madurez, y llega pronto, vuelve el individuo a revivir aquellas horas, porque en esas horas, es el niño el maestro del hombre, y lo debe ser, porque lo más hermoso lo aprendimos en los balbuceos del alma; en los primeros años se fija el carácter y en ellos cuajan el genio y la figura que hasta la sepultura hemos de llevar.

La niñez de Unamuno, según se desprende de su continuo recuerdo, fue un recuerdo permanente. En varios de sus ensayos vierte aquellos recuerdos y aquellas emociones, que, perdidos en unos días tempranos, duraron siempre. No concibe la posibilidad de vivir sin el aliento vivificante de unos días inolvidables.

La niñez que concibe Unamuno es genérica y universal. Es un período decisivo en la vida humana, que define toda la vida posterior.

No sé cómo puede vivir quien no lleve a flor de alma los recuerdos de su niñez. Trece volúmenes llevo ya publicados, pero de todos ellos no pienso volver a leer sino uno, el de mis *Recuerdos de niñez y mocedad*, donde, en días de serenidad ya algo lejana, traté de fijar no mi alma de niño, sino el alma de la niñez<sup>19</sup>.

Los años de estudiante y luego los de maestro le ausentaron de su ciudad natal, Bilbao. No obsta la ausencia para asociar su infancia con la ciu-

<sup>17</sup> O.C., VII, 144. *Prólogo al libro "Poesía" de Juan Arzadum.*

<sup>18</sup> O.C., I, 858. *Nieve.*

<sup>19</sup> O.C., I, 611. *De vuelta de la cumbre.*

dad y el recuerdo de aquellos días. Le gusta, cuando vuelve, recorrer sus calles, y sobre todo dedica un especial cariño a su casa. Ese ambiente de la ciudad es como el punto de partida de los días que vinieron después, porque para él Bilbao era toda su infancia, sentida y vivida en plenitud.

Cada vez que me encuentro en Bilbao, a pesar de lo mucho que éste ha cambiado desde que dejé de ser niño, si es que he dejado de serlo, cada vez más remoto, es el que sirve de núcleo y alma a mis ensueños del porvenir remoto<sup>20</sup>.

Unamuno vivió siempre su infancia, pero de modo especial con el nacimiento de cada uno de sus hijos. Ellos fueron de nuevo las vivencias más auténticas de su propia infancia.

También su profesión la acercó a sus días infantiles, aunque no fuera la infancia propiamente dicha a quien educara en su profesión.

Pero no obsta para que pueda decir:

Este niño me sacó de mi niñez a flor de alma, este niño me infundió el sentimiento de respeto que al hombre se debe. *Maxima debetur puero reverentia*<sup>21</sup>.

Aquí nos está hablando Unamuno de la niñez genérica y de su niñez, siempre recordada con cariño renovado.

No puede por menos que lamentarse de que las circunstancias le han hecho ocultarse, con un exterior grave, de su interior, siempre actuado por la niñez.

Todo un mundo de infancia nos refleja en esos dobleces de papel para hacer sus pajaritas, y especialmente en su tratado de Cocotología. En esas horas difíciles en que los problemas más íntimos y personales, se unían a los nacionales, surge el recuerdo de su infancia.

Las circunstancias me han obligado más tarde a aparecer más grave, pero ¡si vieran Vds. cómo me refrescan de cuando en cuando el alma de las aguas de la niñez, que su fondo me brotan del suelo! Ahora me veo en mis hijos y sobre todo cuando me pongo a hacerles pajaritas de papel, de las que sé muchas especies y en cuya confección soy maestro, recuerdo mis mejores años<sup>22</sup>.

Nos multiplicaríamos en textos que evocaran el recuerdo de sus días felices de infancia. Ello nos daría como consecuencia la tesis ya demostrada

<sup>20</sup> O.C., I, 90. *De mi país*.

<sup>21</sup> O.C., X, 211. *Un recuerdo puro*.

<sup>22</sup> *Ibid.*

de que vivió intensamente su infancia y que su recuerdo estuvo siempre en Unamuno.

Cualquier momento le sirve para transportar su pensamiento a aquellos días,

Aquellos días en que dejaba en una percha la blusa hecha jirones, volvíamos a casa resudados, encendida la cara, brillantes los ojos, con algún cardenal en el cuerpo acaso, abierta la vista a la hermosura de la corteza de las cosas y cerrada el alma a la tristeza de su meollo, y cogíamos la cama para dormir como duermen los santos y los niños<sup>23</sup>.

Charles Moeller alude a la lucha íntima de don Miguel, como un continuo desasosiego. ¿Sería este estado de tensión lo que haría sentir con más intensidad aquellos días felices de Bilbao? Aparte de la diferencia de unos días y otros, creemos que fuera el recuerdo de su infancia, que fue tema de meditación siempre y de modo especial en sus salidas por España y en su recoleta y querida Salamanca.

A uno de sus personajes le hace decir sus propias inquietudes:

No lo dude Vd. Soy de los hombres que más se alimentan de su niñez, soy de los que más viven en los recuerdos de su lejana infancia<sup>24</sup>.

En su obra poética no alude con tanta frecuencia al tema de su infancia, sin embargo tenemos un soneto maravilloso, que intercala en su ensayo *De mi país* y que nos confirma la perpetua memoria de sus días infantiles. Memoria que le sirve de lenitivo a los muchos momentos que le angustiaron en su vida.

Cerramos con esta composición el recuerdo vivo de la infancia que mantuvo la existencia de este Unamuno, siempre único.

Vuelvo a ti, mi niñez, como volvía  
a tierra a recobrar fuerzas, Anteo,  
cuando en tus brazos yazgo en mí, me veo;  
es mi asilo mejor tu compañía.

De mi vida en la senda eres el guía  
que me aparta del torpe devaneo;  
purificas en mí todo deseo,  
eres el manantial de mi alegría.

<sup>23</sup> O.C., I, 90. *Recuerdos de niñez y mocedad*.

<sup>24</sup> O.C., II, 753. *El espejo de la muerte*.

Siempre que voy en ti a buscarme, nido  
de mi niñez, Bilbao, rincón querido  
en que ensayé con ansia el primer vuelo  
súbeme de alma a flor mi edad primera  
contándome recuerdos, agorera,  
preñados de esperanza y de consuelo<sup>25</sup>.

RAFAEL RUBIO LATORRE

*Instituto "Conde de Orgaz"*  
*Madrid*

<sup>25</sup> O.C., I, 90. *De mi país.*